

EL GUARDIÁN DE LAS LLAVES

Crónicas del Castillo de La Calahorra

Año de 1512

CAPÍTULO 1 — AÑO 1512

Con el debido permiso del señor de estas murallas, el noble Castillo de La Calahorra...

Yo soy Alonso de Toledo, nacido en la imperial ciudad de Toledo en el año de 1460, cuando en Castilla reinaba Enrique IV de Trastámara. Hoy, con cincuenta y dos años de vida, ejerzo como alcaide mayor de esta fortaleza. Custodio las llaves que abren y cierran sus portones, y con ellas guardo no solo la seguridad de sus muros, sino también la memoria de cuanto aquí acontece.

Desde joven serví en Granada, al calor de la corte real. Fue allí donde conocí a mi señor, don Rodrigo Díaz de Vivar y Mendoza. A su lado aprendí lealtad y disciplina, y con el tiempo me escogió como su hombre de confianza, encargándome la custodia de este castillo en el corazón del Zenete.

En estos tres últimos años he visto alzarse esta fortaleza sobre la colina roja. Los maestros italianos trazaban planos, los canteros golpeaban la piedra, y desde la lejana Italia llegaba el mármol de Carrara, descargado en las costas de Almería y arrastrado con esfuerzo por carretas de bueyes hasta alcanzar esta altura. Día tras día, el sueño del Marqués se convirtió en realidad.

Y ahora, en este año de 1512, don Rodrigo me ha entregado las llaves. Con ellas me confió no solo la custodia de puertas y murallas, sino también de voces, secretos y silencios.

Hace unos meses se produjo la llegada solemne: don Rodrigo y doña María de Fonseca subieron esta colina con toda su corte. Éramos más de cien almas: damas, soldados, criados, músicos y clérigos. Entre ellos venía la pequeña doña Mencía, de apenas cuatro años, cuyos ojos se alzaban asombrados hacia las torres recién nacidas.

Desde aquel instante, estas piedras dejaron de ser obra muda para convertirse en morada viva.

Yo, Alonso de Toledo, guardián de las llaves, seré testigo de todo lo que aquí ocurra. Y con el permiso del verdadero dueño de estas páginas —el Castillo mismo— os contaré, semana tras semana, anécdotas, sucesos y secretos de estos primeros años de vida en el castillo.

Porque las piedras callan... pero yo, guardián de sus llaves, debo hablar.

CAPÍTULO 2: «EL PATIO Y LA CORTE» — AÑO 1512

Con el debido permiso del noble Castillo de La Calahorra...

Soy yo, Alonso de Toledo, guardián de sus llaves.

Y en este otoño de 1512, traigo a la memoria un día que marcó el nacimiento de la vida cortesana entre estas murallas: el pasado 15 de julio, cuando se celebró la primera gran fiesta en el patio renacentista.

El sol del verano caía alto sobre la colina del Zenete, y las columnas de mármol de Carrara resplandecían como recién nacidas, traídas desde Italia tras duro esfuerzo. Los arcos dibujaban armonía en cada galería, y en el centro, una pequeña fuente dejaba brotar su hilo de agua. No era un manantial abundante, sino un murmullo discreto, fruto del trabajo de criados y bestias que subían cántaros desde las vegas para llenar los aljibes. Agua costosa, agua de esfuerzo... pero suficiente para que el patio respirara frescor y música en medio de la fiesta.

Mi señor, don Rodrigo Díaz de Vivar y Mendoza, y su esposa, doña María de Fonseca, recibieron a caballeros, damas y emisarios llegados de Guadix, Granada y aun de más lejos. Los tapices flamencos cubrían los muros con escenas de héroes y batallas, y las mesas rebosaban de carnes, panes, frutas y vinos.

Entre tanta pompa, la pequeña doña Mencía correteaba feliz bajo los arcos, mientras músicos y danzarines llenaban el aire de alegría. Pero no todo era fiesta: en las sombras de aquel patio se tejían alianzas, se hablaban secretos y se sellaban pactos bajo juramentos solemnes. El mármol era belleza viva... y al mismo tiempo escenario de poder.

Y sin embargo, entre los festejos, mis ojos se detuvieron en un hombre que no reía ni brindaba. Un emisario llegado desde Granada, de rostro grave y mirada sombría, observaba cada gesto del Marqués como quien mide fuerzas en silencio.

Nada dijo aquella noche, pero su presencia me hizo comprender que no todos habían subido hasta aquí para festejar... algunos venían a escuchar, a calcular y quizás a conspirar.

Yo, desde mis llaves y portones, observaba atento. Vi el asombro en los ojos de quienes entraban por primera vez. Murmuraban que en todo el Reino de Granada no existía nada semejante.

Y no se equivocaban, porque este patio es la joya del Renacimiento en estas tierras: mármol blanco, armonía perfecta y agua viva latiendo en su fuente.

Desde aquel día comprendí que no solo guardaba puertas y murallas, sino también memorias. Porque en cada fiesta, en cada secreto y en cada risa se escriben las páginas que compartimos entre nuestro Castillo y yo, pues él lo sabe todo, y yo soy su voz y su testigo.

Y creedme, amigos: esto es apenas el inicio.

Cada lunes volveré, mientras el otoño avanza, para contaros lo que acontece en este palacio del Zenete... donde la corte respira, la música suena y la historia comienza a escribirse.

CAPÍTULO 3: «LOS BANQUETES DEL MARQUÉS» — AÑO 1512

Con el debido permiso de mi señor, el noble Castillo de La Calahorra...

Soy yo, Alonso de Toledo, guardián de sus llaves.

Y aunque el otoño avanza y las noches ya muerden con frío, recuerdo como si fuese ayer los banquetes del pasado agosto, apenas unas semanas atrás, cuando las mesas de este palacio fueron espejo de abundancia y poder.

En el pasado agosto, las largas mesas se dispusieron en el patio renacentista, donde el mármol resplandecía al sol y la fuente murmuraba frescor.

Pero ahora, en este otoño, las celebraciones comienzan ya a trasladarse al gran salón de don Rodrigo, conocido como el Salón del Marqués, donde los tapices aíslan del hielo y los secretos se murmuran con el vino.

Sobre manteles blancos se sirvieron carnes de jabalí, venado y aves asadas, panes dorados, frutas de la vega, y dulces moriscos de miel y almendra.

El aire estaba impregnado de perfumes y especias llegadas de Sevilla: canela, clavo, pimienta, que parecían traer consigo ecos de mares lejanos.

El vino corría en cántaros: algunos traídos de tierras remotas, otros nacidos en nuestras propias viñas del Zenete. Aquí brota un vino fuerte y oscuro, llamado ceguete, que en pocos tragos enciende la sangre y nubla la vista. Es recio como nuestras montañas y orgulloso como quien no se doblega. No faltó en la mesa del Marqués, porque hasta el vino habla de quiénes somos y de la tierra que nos sostiene.

Mi señor, don Rodrigo Díaz de Vivar y Mençozza, quiso que aquellos banquetes fueran más que festines: fueron un acto político.

Por eso invitó al cabildo de Granada, capital poderosa del nuevo reino, donde desde el año 1505 los Reyes Católicos habían erigido la Real Chancillería.

Y entre los invitados llegó Don Fernando de Zegrí, caballero veinticuatro del cabildo, de linaje antiguo, heredero de sangre nazarí y converso bajo el amparo de los Reyes.

Lo había visto ya en la fiesta inaugural de julio: no reía, no brindaba. Y en estos banquetes de agosto, su papel se hizo más claro. No venía a gozar, sino a observar y medir.

Su copa permanecía casi intacta, sus ojos recorrían la mesa como si escribiera un informe invisible.

Brindaban caballeros de Guadix y jurados de Baza, y no faltó la presencia solemne de fray García de Quijada, obispo de Guadix-Baza, cuya mirada prudente daba peso de Iglesia a cada gesto.

Pero mientras los unos reían y los músicos tañían, el Zegrí se mantenía en su silencio. Y yo, que guardo llaves, aprendí a desconfiar de los silencios más que de las palabras.

Amigos míos, creedme: los banquetes no eran solo festines de abundancia y danzas. Eran también tablero de poder. Y este Zegrí, venido de Granada, no había viajado hasta aquí en vano...

Su sombra aún recorrerá estas murallas. Lo sé, porque en sus ojos no vi hambre ni gozo... sino propósito.

CAPÍTULO 4: «LA MÚSICA Y LAS DANZAS» — OTOÑO DE 1512

Soy yo, Alonso de Toledo, guardián de sus llaves.

Con el debido permiso de mi señor, continuó mi relato...

Recordaréis la gran inauguración del 15 de julio, cuando por vez primera las puertas del palacio se abrieron y el patio se vistió de fiesta. Allí vi a don Fernando de Zegrí, caballero veinticuatro de Granada, de linaje antiguo y sangre nazarí. Su copa quedó siempre a medias, su voz en silencio, sus ojos atentos.

Después llegaron los banquetes de agosto: carnes de caza, dulces moriscos, vinos del Zenete. Mientras las mesas rebosaban abundancia y los músicos tañían, el Zegrí siguió firme en su papel. No reía, no bebía: observaba. Y yo, que guardo llaves, entendí que su presencia no era la de un invitado, sino la de un hombre con propósito oculto.

Y entonces llegó septiembre.

Las noches se templaban con música y danzas: pавanas, gallardas, morescas. El patio de mármol brillaba bajo la luz de las antorchas, y todo parecía júbilo.

Pero creedme, amigos...

La noche del 4 de septiembre todo cambió.

En medio de la multitud volvió a aparecer don Fernando de Zegrí. Su nombre no figuraba en la lista, y sin embargo, los guardias lo dejaron pasar. Lo conocían de julio y agosto, lo habían visto compartir mesa con nobles y caballeros; nadie osó detenerlo. Avanzó con calma, como quien camina por donde sabe que no habrá puertas cerradas.

No buscó al Marqués, ni al obispo, ni a los grandes señores.

Me buscó a mí.

Yo, guardián de llaves, que custodio puertas y secretos.

Y en el pasillo superior del patio, entre músicas y danzas, depositó en mis manos un pergamino sellado con cera roja.

Ese sello no era del Rey, ni del Cardenal, ni de mi señor don Rodrigo.

Era otro... extraño, peligroso.

El Zegrí me sostuvo la mirada, y sin pronunciar palabra, se desvaneció entre las danzas como un espectro.

Amigos míos, bajo el esplendor de la fiesta se abrió la grieta de la intriga.

Lo que parecía música y danza era también tablero de sombras.

Y yo, guardián de llaves, cargaba con el peso de un secreto escrito en pergamino...

Un secreto capaz de alterar la paz de estas murallas.

CAPÍTULO 5: «LOS CRIADOS Y LOS RUMORES» — OTOÑO DE 1512

Soy yo, Alonso de Toledo, guardián de sus llaves. Con el debido permiso de mi señor, prosigo mi relato...

Fue en la noche del 4 de septiembre, bajo músicas y danzas, cuando don Fernando de Zegrí me entregó aquel pergamino sellado con cera roja.

Ha pasado ya más de un mes desde entonces, y aún siento arder en mis manos el peso de aquel secreto.

No sé si hago bien en haberlo guardado conmigo durante todo este tiempo. Cumplo con mi deber, sí, pero no sé si mi silencio es prudencia... o falta.

Yo no percibo en mi señor don Rodrigo señal alguna de preocupación: sigue con sus banquetes, sus audiencias y sus planes como si nada amenazara estas murallas.

Y precisamente esa calma suya me inquieta aún más.

Mientras tanto, los rumores se multiplicaban entre pasillos y cocinas.

Decían que el caballero de Granada preguntaba demasiado. No se interesaba por músicas ni festines, sino por llaves, almacenes y caballos.

Una muchacha contaba que lo había visto cerca de la entrada, hablando con la maestra de cocina. Otro mozo aseguraba que sonsacaba cuántos carros habían cruzado en aquellas semanas.

Hasta recientemente, algunos criados me repitieron esas anécdotas directamente a mí. Así debe ser: en esta casa, nadie debería ir al Marqués sin antes pasar por mis llaves y mis oídos.

Y, sin embargo, no tengo la certeza de que alguna lengua imprudente no se haya «llevado la boca» más de lo debido.

La intriga se extendía como humo en un salón cerrado: los criados cuchicheaban en las cocinas, las doncellas comentaban en voz baja, y hasta soldados de guardia repetían lo que escuchaban.

Nadie osaba nombrar al Zegrí en voz alta en la mesa, pero todos lo pensaban al apartarse del salón.

Y yo, guardián de llaves, guardo el pergamino cerrado, y con él la duda: ¿debo entregarlo a mi señor? ¿O esperar a comprender mejor el propósito de aquel hombre de Granada?

Porque si hay amenazas escritas en esas líneas, podrían incendiar la paz de estas murallas.

Amigos míos, creedme...

La intriga no está solo en mis manos. Se desliza ya por todos los rincones del castillo, impregnando el aire que respiramos.

El sello rojo aún permanece intacto... y cuando se quiebre, el silencio dará paso a la verdad. Sea tormenta... o quizás calma.

CAPÍTULO 6: «VÍSITANTES Y EMISARIOS» — OTOÑO DE 1512

Soy yo, Alonso de Toledo, guardián de sus llaves.

Con el debido permiso de mi señor, el noble Castillo de La Calahorra, prosigo mi relato...

Hoy es 17 de noviembre del año de 1512.

Hace apenas dos días, el 15 de noviembre, mi señor el Marqués don Rodrigo partió de estas murallas rumbo a Granada.

Y creedme, amigos... no podía dejar que marchase sin antes conocer lo que ocultaba aquel pergamino sellado con cera roja.

Retomando mi crónica: estábamos en mediados de octubre, cuando os hablé de los rumores que corrían por cocinas y pasillos.

Unos días después, supe que el Marqués tenía previsto su viaje a Granada.

Y comprendí que no podía callar más.

Dentro de estas murallas, bajo mis llaves y mis centinelas, la seguridad de mi señor, el Marqués, siempre está asegurada.

Pero fuera de aquí, en caminos inciertos, bajo los hielos de la Gran Cordillera Nevada, no podía permitir que viajase sin conocer la verdad del sello rojo.

Por eso pedí audiencia privada en el Salón del Marqués.

Allí, frente a los tapices solemnes y al resplandor del gran salón, confesé que había guardado el pergamino no por descuido, sino para no perturbar aquellos primeros tiempos de estancia entre fiestas y diplomacia.

Mas ahora, con la partida tan cercana, era necesario abrirlo y enfrentar la verdad.

El Marqués me escuchó en silencio.

Asintió con la cabeza y, con voz breve, me ordenó:

—Ábrelo.

Con manos firmes rompí el sello rojo.

El crujido de la cera resonó en el salón como un trueno, y el aire se volvió denso, más pesado que el mármol de Carrara.

Dentro hallamos lo que muchos temían:

El caballero Fernando de Zegrí no había venido como simple invitado.

Sus preguntas sobre llaves, caballos, provisiones y carros eran informes disfrazados, tanteos de nuestras defensas.

El Marqués leyó en silencio.

Su rostro permaneció sereno, pero sus manos revelaban la tensión.

Sabía, como yo, que más allá de las músicas y los banquetes, había enemigos en la corte de los Reyes Católicos, ojos vigilando desde la sombra.

Entonces habló con firmeza:

—Refuerza la guardia. Ni un solo centinela sin lealtad probada. Ningún recomendado de familias dudosas. Prefiero pocos hombres fieles que muchos espías ocultos. No quiero caballos de Troya en esta escolta, pues bien sabemos cómo un enemigo oculto entre aliados puede arruinar una ciudad entera.

Para esta empresa no bastaba una escolta cualquiera.

El viaje a Granada exigía lealtad, fortaleza y silencio.

Por eso, entre muchos nombres que me ofrecieron, escogí solo a los que mi juicio consideró dignos de custodiar al Marqués:

García de Illescas, veterano de las campañas de Granada. Sus cicatrices hablan más que sus palabras, y cada una de ellas es prueba de que resistió donde otros cayeron. Hombre de hierro, tan callado como letal con la espada.

Juan de la Vega, nacido en las laderas de la Gran Cordillera Nevada. Conoce veredas ocultas, pasos entre riscos y cañadas donde un ejército entero podría perderse. Nadie mejor que él para guiar al séquito entre montañas hostiles.

Martín de Cuéllar, arcabucero de puntería certera. Sus disparos en los alardes fueron siempre los primeros en dar en el blanco. Su temple es frío como el plomo, y en sus manos el arcabuz es tan fiable como la piedra de estas murallas.

Hernando Trivaldos, natural de La Calahorra. Hijo de canteros que levantaron este castillo, él mismo trabajó en la fragua como herrero, forjando clavos, bisagras y llaves. Sus brazos conocen la fuerza del hierro, y su corazón, la lealtad a la tierra que lo vio nacer. Ningún hombre representa mejor el vínculo entre estas murallas y la villa que lo rodea.

Alonso de Villamar, escudero granadino que conocí en mi servicio en la corte de los Reyes Católicos en Granada, establecida en la Alhambra. Fue mi sombra en campañas y mis ojos en pasillos de intriga. No lo traje por recomendación de nadie, sino porque en más de una ocasión me salvó la vida. Su lealtad ha sido probada bajo juramentos y peligros, y su silencio vale más que cien jurados.

En cambio, otros llegaron con cartas de recomendación, propuestos por familias influyentes del cabildo de Granada.

Los rechacé.

No necesito espadas cuyo filo se deba a intrigas cortesanas.

Prefiero pocos fieles que muchos dudosos.

Y creedme... no quiero caballos de Troya en esta escolta.

Y hoy, 17 de noviembre, os hablo con el eco de la partida del Marqués aún reciente.

Hace apenas dos días lo vi descender la colina roja, acompañado por su escolta de confianza.

El frío del otoño ya muerde, y las sombras de la Gran Cordillera Nevada acechan a todo viajero.

Un camino puede deparar mil sorpresas: mercaderes con oídos demasiado atentos, posadas donde el vino puede esconder un veneno, senderos donde la nieve y la emboscada esperan lo mismo.

El Marqués calla... calla mucho.

Pero su silencio pesa más que cien palabras.

Y yo, guardián de las llaves, sé que aunque el pergamino se ha revelado, las intrigas no han hecho más que empezar.

Amigos míos, creedme...

La primera saga del Guardián de las Llaves concluye aquí.

Pero nuevas crónicas vendrán, porque donde hay poder siempre habrá visitantes y emisarios con doble rostro.

Y yo, Alonso de Toledo, seguiré siendo la voz y el testigo de mi señor, el Castillo de La Calahorra.

Escrito de mi puño y letra,
Alonso de Toledo
Guardián de las Llaves
Castillo de La Calahorra
Año de 1512